

REVELAR LA PERSONA

TADEUS STYCZEN

La ética se encuentra a sí misma sólo en el momento en que se hace mensaje de la dignidad de la persona. De ahí que la tarea principal del ético, si no la única, su verdadero papel y su misión social consiste en estar al servicio de este mensaje, proclamarlo del modo más efectivo y convincente. Y esto es, a decir verdad, todo lo que tengo que decir respecto a cómo veo el papel del ético para los otros, para la sociedad en la que vive. Pero a la vez, soy enteramente consciente de que el auténtico problema está en otro sitio. El auténtico problema reside en mostrar la manera más efectiva de proclamar el mensaje de la persona. ¿Cuál es el método más adecuado, el mejor, el más efectivo? ¿Ésta es la cuestión!

¿No consiste este método, en definitiva, en apuntar hacia la persona, en su desvelamiento cada vez más profundo? ¿En mostrar con todos los medios disponibles que en el mundo que nos circunda no existe nada más digno que la persona, nada cuyo valor sea a ella equiparable? Pero entonces se plantea ya inmediatamente otra cuestión: ¿cómo se puede llevar esto a cabo? ¿Es el medio más adecuado para este objetivo escribir ensayos sobre ética o publicar manuales pródigos en ediciones? De ningún modo quiero disminuir el valor de su utilidad para el fin mencionado. Pero quiero a la vez recordar aquí a Sócrates, el cual no nos ha dejado ni una palabra escrita. Y no porque acaso no pudiera escribir, o fuera muy vago para ello. La posteridad le rinde honor, no obstante, con el título de «padre de la ética». ¿Con qué se ha ganado Sócrates esta distinción?

En su obra *La philosophie morale*, Maritain califica a Sócrates de «descubridor de la moral», y subraya que ha puesto un signo de igualdad entre la sensibilidad para la dignidad de la persona y la sensibilidad para la moral —y ello en una época que equiparaba la sensibilidad moral con la sensibilidad para la felicidad personal o para el mandato de una autoridad—. Lo que es, sin duda, motivo suficiente para reconocerlo como padre de la ética. Aunque Sófocles ya hizo lo

mismo en su *Antígona* mucho antes. Pero ¿no se ha ganado Sócrates el título de «padre de la ética» más bien porque contempló como sentido de su vida despertar entre sus contemporáneos, en un servicio sin tregua, el respeto por la dignidad de la persona, el ayudar a los demás a descubrir esta dignidad en sí mismos y en los demás hombres, y el despertar, de este modo, la consideración por ella? Sócrates ha calificado este servicio, incluso, como cura de almas, y lo ha comparado con el papel de un obstetra. El hombre no puede, en efecto, nacer por otro hombre. Sólo puede el hombre nacer por sí mismo. Pero se puede ayudar al otro a nacer. Esta ayuda es importante. Por eso la profesión de obstetra o comadrona es tan valiosa y estimada. Cuando se ayuda al otro a conocerse a sí mismo, se le ayuda a nacer de nuevo, a nacer moralmente. Es un nacimiento al ser-hombre en el hombre. Este autodescubrimiento íntimo y personal es para Sócrates lo verdaderamente decisivo en la formación de una auténtica actitud moral en el hombre. Pues Sócrates excluye la posibilidad de que alguien pueda todavía comportarse de un modo que menoscabe su dignidad si, sencillamente, ha alcanzado a conocer su dignidad, es decir, si se ha conocido a sí mismo. Y si el precio de la salvación de la dignidad hubiera de ser la pérdida de la propia vida, sería una evidencia moral el pagarlo. Sócrates fue consecuente hasta el límite. Su decisión, su asentimiento a su propia muerte posee hasta el día de hoy una fuerza que representa para muchos un descubrimiento. Descubrimiento que ha ayudado ya a tantos en su nacimiento moral como hombre. Pero Sócrates ejerció su servicio como obstetra y ayudó a otros en su «autodescubrimiento» ya antes de su muerte. Para ello utilizaba el método «per opposita cognoscitur», es decir, el método del contraste, en tanto que mostraba que yo, tú, ella, él, nosotros ... no somos comparables con ninguna otra cosa en el mundo. E hizo evidente este contraste con palabras sazonadas, muchas veces, de desencantada ironía.

De ningún modo quiso Sócrates mofarse de los árboles cuando dijo que no le interesaban especialmente. Más bien se mofaba de aquellos que hablaban sin tregua y con la misma importancia de árboles y hombres, de aquellos que concebían al hombre de los pastos como una parte más del cosmos. Por eso tampoco respetaba a los filósofos de la naturaleza, que tendían a veces a la miopía, si no a la ceguera total. Cuando Sócrates se servía de aquel contraste cimentado en la ironía, confiaba en suscitar el despertar de su interlocutor, el shock regenerador del descubrimiento de la dignidad humana en su propio interior, el descubrimiento de su «ser otro» en el mundo. ¿Y sucedía esto, acaso, a costa de una desconsideración del cosmos? ¡De ningún modo! Difícilmente se podría pensar un fondo más soberbio

como contraste para demostrar la dignidad humana del hombre. Sobre un fondo como éste el hombre no pierde nada. Muy al contrario, gana todavía, cuando sobre tal fondo de comparación el hombre se muestra, incluso, como incomparable. Los sauces son bellos y cautivadores. Igual que las estrellas. Nos pueden también procurar alegría, sí, incluso deben hacerlo —¡sólo hay que considerarlas del modo correcto!—, simplemente porque existen. Y sin embargo, los pastores pueden cortar las varas de sauce y tallar flautas, con el fin de tocar melodías para su placer. También se puede, e incluso a veces se debe, talar los sauces cuando representan un impedimento para la construcción de una nueva carretera de un pueblo a otro, o para el acortamiento o rectificación de un antiguo camino, con el fin de reducir las distancias entre la gente. Pero sería impensable hacer algo parecido con un ser humano, ni siquiera para el bien del resto de los hombres. Esto sería moralmente absurdo. Quien quisiera proceder de este modo, nos daría una prueba de que necesita urgentemente este segundo nacimiento. No tiene la menor idea de en qué consiste el valor de los demás hombres a quienes quiere «prestar un servicio». No ve que el valor de los demás hombres sólo es reconocido cuando se reconoce y dignifica el valor individual de cada uno de ellos. Por eso el asesino es infinitamente más digno de lástima que su víctima. «¡Es mejor ser asesinado que asesinar!».

No puedo imaginar que un ético de nuestros días pudiera intentar concebir y cumplir su misión social de otro modo que como ya Sócrates lo hizo. El cumplimiento de esta misión puede asumir, naturalmente, diferentes formas, a las cuales puede pertenecer escribir tratados o trabajos monográficos sobre ética. La cuestión es de qué modo y con qué contenidos han de ser llenados estos tratados y monografías. Lo decisivo es aquí, únicamente, que la atención entera se concentre en el núcleo de la moral, en el núcleo que constituye su *dramatis persona*: la persona y su dignidad.

Con sus formulaciones simples, cortas y lapidarias, Pascal logra este resultado en sus *Pensées* mucho mejor, seguramente, que más de un tratado de ética que impresiona por su extensión:

«el hombre es sólo una caña, lo más frágil en la naturaleza, pero una caña que piensa...».

«(...) el espacio del cosmos me abarca y me entrelaza como a un punto: con el pensamiento, lo abarco yo».

«La totalidad de todos los cuerpos, la bóveda celeste, las estrellas, la tierra y sus dominios, no pueden rivalizar en su valor con ningún pensamiento; el pensamiento conoce todo esto y además a sí mismo, los cuerpos no significan absolutamente nada».

«Los cuerpos todos y todos los espíritus juntos y todas sus formas tampoco valen lo más mínimo en comparación con el más pequeño es-

tremecimiento del amor: pues éste procede de un ámbito infinitamente más elevado».

¿Deberían ser escritos nuestros tratados de ética, quizá, como Pascal escribió sus *Pensées*? Pero los poetas, dramaturgos y literatos logran también efectos semejantes con sus propios medios. ¿Por qué no deberíamos, entonces, darles la palabra para explicar la ética, en la que, en definitiva, sólo se trata de una cosa: ¡el revelarse de la persona y su afirmación!? ¿No han asumido los creadores de la gran literatura, en parte, el papel que los éticos, por una falsa vergüenza, han descuidado, para no ser tomados acaso por literatos?

Jewgeni Jewtuschenko dijo una vez que la poesía es filosofía de la vida en forma concentrada:

«¿He comenzado, pues, a vivir?

No he comenzado todavía...

¿He amado?

No he, tal vez, amado...»

No he comenzado a vivir si no he comenzado a amar. Yo empiezo a vivir sólo en el momento en que empiezo a amar. Con ello, lo importante no es que en la formulación de Jewtuschenko tenemos ante nosotros en forma concentrada, por así decirlo, a Sócrates y Pascal. Lo importante aquí es que, con algo así, Jewtuschenko se dirige a sus contemporáneos, y es también entendido por ellos del mejor modo posible. Persuadir a un hombre sano de que no vive en absoluto si no ama —esto es realmente un trago fuerte— posee, justamente por eso, el valor de un descubrimiento. En verdad, una poesía tal es ética en forma concentrada. Es conocido, sin duda, de qué filosofía de la vida habla Jewtuschenko. Por eso es también el ético de este gran país suyo.

San Francisco de Asís, de modo enteramente consciente, no separa la ética de la poesía. Atraviesa caminando los umbríos poblados y deja asombrados a los habitantes con su clamor: «¡El amor no es amado!». A la ética y a la poesía le añade todavía algo, que es lo más importante de todo. ¿El qué? Los habitantes asombrados por su comportamiento se inclinaban a pensar que estaba loco. Pero, en lugar de Francisco ¿no lo estarían aquéllos que lo tomaban a él por loco y, en cambio, consideraban normal su tranquila y satisfecha indolencia?

A mí me parece que el ético —sea como autor o sea como profesor— hace justicia a su misión cuando deja hablar a aquellos que tienen la capacidad de revelar de este modo a la persona. Y cuando él mismo, por ende, lo intenta —también fuera de su aula y de su cuarto de trabajo como escritor—. Un ejemplo de tal comprensión y

cumplimiento de su misión era —y es— para mí, mi maestro de ética. Él enseñaba ética y escribía libros sobre ella, y, sin embargo, no había codificado categóricamente su papel como ético. Pero nadie que hubiera asistido a los cursos del autor de *Amor y responsabilidad* o leído sus obras, incluso alguna tan difícil como *Persona y Acción*, pudo —ni puede en adelante— resistir la presión poderosa de su testimonio vivo de la dignidad de la persona. El estado de fascinación por la persona y su dignidad, así como la solicitud por entusiasmar también a los demás por ella, configuran el alma de este testimonio. No todos los oyentes de sus cursos supieron entonces que el ético Karol Wojtyła y el poeta Andrzej Jawien eran una y la misma persona. Pero cuando lo supieron, se quedaron escasamente sorprendidos. El poeta Andrzej Jawien estaba permanentemente presente en el ético Karol Wojtyła que dictaba cursos y escribía libros. Y no sólo en el profesor y en el autor. Este ulterior ejemplo de semejante unión personal no es, quizá, en absoluto tan casual...

En la búsqueda del método más efectivo de descubrimiento de la dignidad de la persona humana, el ético no pasa sin más ante el Cristianismo. Esta búsqueda despierta en él la exigencia de conducir también a los demás hacia este descubrimiento, con el propósito de moverlos, desde la perspectiva de la Palabra Encarnada, a dirigir su mirada hacia la persona. Incluso aunque el Cristianismo fuera sólo un mito sublime, como algunos opinan, no se le podría negar, sin embargo, su fuerza, una inquietante fuerza portadora de la dignidad de la persona. ¿Queremos pruebas de ello? Nosotros tenemos una propia, polaca. «Cristianos incrédulos!» Ellos mismos se han designado con este nombre. ¿Quién no hubiera oído el llamamiento apasionado de uno de estos «cristianos incrédulos» a los teólogos católicos a no sucumbir a la tentación del «humanismo mundano», y no arrebatarse con ello a la cultura humana su única oportunidad de mantener un nivel humano? ¿Hay que superarse a sí mismo para permanecer uno mismo!

Ya he subrayado más arriba que el valor de la comunidad humana sólo puede ser reconocido en el momento en que es reconocido y atendido el valor de cada individuo. De cada individuo ¡de cada individuo como persona! Precisamente aquí se manifiesta el Cristianismo con la perspectiva que le es propia, la óptica de la persona; aquí se enraiza la fuerza del Cristianismo como descubrimiento. Pero el ético tampoco puede pasar por alto cuán profundamente se corresponde esta perspectiva con nuestras nociones naturales morales. El valor de cada individuo «tomado para sí» (*z osobna*) el valor de cada persona (*osoba*). ¿No residen aquí las raíces de la palabra polaca «*osoba*» (persona) y el auténtico núcleo del significado de esta palabra? Y ¿no se

nos revelan, precisamente desde ahí, las raíces más profundas de la dignidad personal del individuo humano, pese a su profundo misterio? En verdad, hay que saber ya algo sobre la persona, si queremos buscarle un lugar en el Parnaso de este mundo visible. Todos los resultados de las consultas realizadas por los filósofos, independientemente del ámbito de la persona a que las «pruebas» por ellos registradas refieran, conducen a esta cima: «Persona est aliquid perfectissimum in entibus». Pero, a la postre, su auténtico desvelamiento —pese a la profunda significatividad de tales investigaciones sobre la persona— se encuentra fuera de su aparente acceso, por encima de los límites de lo que puede ser objeto de comparación y llevado a un denominador común. Pues descubrimos a la persona no sólo cuando conocemos que no es comparable con ninguna otra cosa de este mundo, sino también, a la vez, cuando conocemos que cada persona individual a su modo no es tampoco comparable con otra persona, que es algo distinto, que es, precisamente, persona (*osoba*) «para sí» (*osobno*). Este «ser-para-sí» remite al rostro singular de cada persona, mediante el cual es única e incomparable... ¿Nos hemos percatado de que hemos de servirnos permanentemente del lenguaje de la negación? Pues ¿qué podría pensarse y decirse a tal efecto positivamente, cómo podría pensarse y decirse algo positivo? Como mucho, podemos considerar la faz del otro. Y figurarnos tras ella un paisaje interno para nosotros inaccesible. Pues lo cierto es que, incluso la faz, oculta este paisaje más de lo que lo revelaría. Ello es también la razón de que la persona no pueda ser desvelada por mediación de un pensamiento que opera con conceptos generales o tomados de la comparación. Y mucho menos puede ser expresada la persona por mediación de un lenguaje en el que los nombres, incluso los nombres propios, están condenados a cumplir funciones generalizadoras. «No pocos perros se llaman Burek». Se necesitarían tantos nombres como personas existen, tantos como personas diferentes tomadas «para sí» han aparecido, aparecen y aparecerán todavía. Y estos nombres no sólo deberían ser «pegados» a la persona externamente —como etiquetas—, sino que deberían expresar, desvelar y poner sobre el tapete el carácter único y la irrepetibilidad de cada una de las personas tomada «para sí». Sería necesario otro conocimiento que el conocimiento humano para descubrir a la persona, para desvelarla «en su totalidad». Serían necesarias otras palabras que las humanas para captar en palabras a la persona «en su totalidad». Pero ¿qué conocimiento, qué palabras?

En todo caso, si la persona se encuentra más allá de los límites de lo accesible por el pensamiento y lo formulable por el lenguaje, cada uno —y todos— ha de tener necesariamente presente, en cualquier

intento de una revelación de la persona, el peso de este significativo momento en que se encuentra cara a cara con lo que en la persona es inaccesible y no captable en palabras. En el umbral de su misterio. Ante el telón. ¡Ineffabilis! Con esta única palabra de advertencia, Santo Tomás dice más sobre la persona que todas las antropologías filosóficas juntas (¡incluida la ecología post-cartesiana!), las cuales se han esforzado, en efecto, en «definir» de algún modo a la persona. La genialidad de Tomás de Aquino reside en que es consciente de ello. Es consciente de la significatividad y, al mismo tiempo, de la posibilidad limitada hacia arriba de un saber sobre la persona, y de los límites a partir de los cuáles se ha de renunciar a cualquier definición. ¡Vale la pena aprender de tal maestro! ¡También la ética! ¡Y hay que ver cómo se aprende de él la ética!

¡Ineffabilis! Esto constituye una llamada al silencio sobre la persona ante la presencia de su misterio. Pero ¡qué descubrimiento significa, en efecto, esta llamada! «¡Atención! ¡la persona!». Ya no hay lugar para las palabras. ¿Para qué hay lugar, entonces, todavía?

La persona, a la cual no somos capaces de conocer «en su totalidad», la conocemos, sin embargo, lo suficiente para poder conocer la obligación y la posibilidad de afirmarla «en su totalidad», es decir, sin reserva. En este caso, «en su totalidad» significa, sin duda, «completa y enteramente», es decir, junto con su misterio. Pero precisamente entonces crece en nosotros la necesidad de iluminar este misterio hasta su raíz más profunda. Especialmente, cuando la obligación de afirmar a la persona se vuelve necesidad de afirmarla por sí misma, y por tanto, una necesidad del corazón. Esto no es mera pasión por el conocimiento o mera curiosidad. ¡El amante necesita esta penetración de la mirada para que su amor pueda hacer justicia, completa y enteramente, a aquél a quien dirige su amor! Para comprender esto, basta traer a la memoria ese especialísimo modo de nostalgia inmensa que nos embarga en el momento en que contemplamos cara a cara a una persona indescriptiblemente íntima, en el momento en que nos es dado mirarla directamente a los ojos. Precisamos un *facies ad faciem* de otro tipo para que nuestros encuentros puedan convertirse en encuentros a la medida de nuestra capacidad de comprensión.

Boecio hizo explícita una verdad capital acerca de la persona cuando la definió como «*rationalis naturae individua substantia*»; para Pascal era una caña que piensa; Kant la localizó en el «reino de los fines per se»; Scheler ve en ella «el núcleo central de las referencias a los valores y al sujeto que los configura en la experiencia». Todos estos intentos, y muchos otros semejantes, representan importantes posiciones en el «descubrimiento» de la persona. Pero en este descubrimiento, al mismo tiempo todos ellos «nivelan» a la persona individual con todas las de-

más personas individuales. Difuminan los rostros de las personas, les arrebatan su «singularidad» y las colocan en una fila, como ejemplares de la misma edición de un libro. ¿Dónde queda, entonces, la persona singular que está aquí ante nosotros? ¿De dónde se ha de coger la fuerza, de quién se ha de tomar la sagacidad para alcanzar, cruzando el telón, su carácter único «desnudo»? Para facilitar al amor la afirmación de la persona como a ella le corresponde, es el amor el que impele a descubrir el telón, es el amor el que precisa la revelación. «Quis ostendit nobis bona?»: ésta es la pregunta del «corazón inquieto».

Qué increíblemente creíble suena, precisamente en el contexto de la experiencia de esta necesidad y de la incapacidad de su satisfacción, el lenguaje de la Revelación veterotestamental. Allí se habla de que «cada uno es llamado por su nombre». Esta llamada es creadora por otorgamiento del nombre único, «pensado» por *el* Amor desde la eternidad. O por que al nombre «pensado» por el Amor desde la eternidad le es añadida la dimensión de la existencia real. Puesto que existo, es que soy conocido totalmente por Alguien y amado por Él sin reserva. ¡Si no, no existiría en absoluto! Puesto que existes, es que eres conocido totalmente por Alguien y amado por Él sin reserva. Somos conocidos totalmente por Alguien y amados sin reserva por Él, incluso cuando nosotros mismos no nos conocemos totalmente. Por tanto es que existe Alguien con cuya visión y cuyo amor podemos entrar en contacto directo con los demás «en pensamiento y con el corazón», es que existe Aquél bajo cuyo «brillo» la persona puede ser vista sin encubrimiento, sólo con que Él nos quiera dejar participar de este brillo ... *¡In lumine tuo videmus lumen!*

La Revelación cristiana habla de esta esperanza como una esperanza plenamente realizada, plenamente cumplida mediante el acontecimiento de la Encarnación del Verbo de Dios. Sin embargo, esta esperanza es realizada de un modo distinto al que habíamos esperado... Lo oscuro del misterio que encubre a la persona ha de perdurar hasta que el tiempo de la prueba para que el amor llegue a su fin. Para que haya lugar al amor más difícil y a la vez más bello: el amor en la figura de la fe y la confianza. Pero aun cuando el Verbo Divino, que en figura humana «ilumina a cada hombre que viene a este mundo», no quiere desvelar por completo la «singularidad» de nadie, revela la dignidad de la persona individual, sin duda, en una medida verdaderamente inaudita. La Encarnación es una elección que muestra cuán valioso es el hombre individual tomado para sí, puesto que representa un valor de tal calibre para Dios. ¡El hombre vale la Encarnación! La medida para el valor del hombre, la medida de su dignidad, la configura la acción para la que Dios, en relación al hombre, estaba dispuesto: «enviar a su Hijo al mundo», «para nuestra salvación». Esta

acción representa el «último intento» emprendido por Dios mismo para convencer al hombre cuán valioso es. Al final, Dios se ha revelado al hombre para revelar el hombre al hombre... Esto es algo sorprendente. Pero todavía más sorprendente es por qué lo hace: *Cur Deus homo?* ¡Para revelar el hombre al hombre! ¡*PROPTER NOS* descendit de coelis! El Verbo Encarnado a los pies del discípulo incrédulo posee, en este sentido, el poder expresivo de un símbolo universal y a la vez altamente individualizado: Dios quiere poner todo «a los pies» de la persona, con el fin de provocar en ella, de este modo, el relámpago de la iluminación: ¡mira, mira quién eres, tú, que tanto significas para mí, tú, que eres esto para mí!

«Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros». Esta formulación de San Juan es un sumario del Evangelio, de ese mensaje de alegría que narra el encuentro de Dios con cada ser individual. El Evangelio está lleno en su totalidad de tales encuentros. Cada uno de ellos se distingue por su singularidad, sí, por su exclusividad. En el Verbo Encarnado, Dios confiesa a cada hombre individual «para sí» su amor —cada vez distinto— infinito y singular. Cada encuentro en el Evangelio configura a la vez, sin perder nada de su singularidad, un paradigma de la esperanza plenamente cumplida de cada hombre: ¡*mi* encuentro con Él es igualmente singular y único! ¡No puede ser de otro modo! Cada encuentro es único. Y cada encuentro representa también una promesa del encuentro sin telón, *facies ad faciem*, con la PERSONA —y del encuentro de las personas en el interior de esta PERSONA, en eterna *communio personarum*. «Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso»—.

¿Cómo ha de anunciar el ético el mensaje de la dignidad de la persona en nuestros días? Si la ética es el mensaje de la dignidad de la persona, y si el ético debe ser un proclamador de este mensaje que se cuide de la máxima efectividad de su misión para los demás, entonces el ético no puede por menos de volverse él mismo hacia el «Ético de todos los tiempos», y también remitir a los demás a Él. Este Ético nos lo ha enviado el Padre con su Hijo. El ético no puede por menos de aprovechar esta extraordinaria oportunidad de la revelación de la persona que es REVELACIÓN, y hacerse voluntariamente servidor de esta Revelación. Desde el momento en que descubre que la Revelación representa una revelación de la Persona *per excellence*, el ético no puede por menos de aprovechar la oportunidad de desconcertar a sus contemporáneos con la pregunta: ¿*Cur deus homo?* ¿por qué Dios se ha hecho hombre? Una pregunta de extraordinaria, sensacional fuerza, de fuerza desveladora, reveladora. ¿Debería esta pregunta servir, quizá, como título de un tratado de ética para nuestros contemporáneos? San Anselmo, con certeza, no nos lo tomaría a mal. Y con ello le ren-

diríamos también honor. El honor residiría en que el título que él mismo en su tiempo le había dado a su trabajo, resplandece todavía con fuerza inextinguible: este título, a la luz de la Persona del Verbo divino que se revela en el Hombre Jesucristo, revela la Persona a la persona. Los mejores métodos se distinguen por que su actualidad es imperecedera. Por que no envejecen. Y la utilización de la pregunta «Cur Deus homo?» para revelar a la persona su dignidad es uno de tales métodos. Por eso me esfuerzo en hacerlo mío. Pues como ético quiero, del mejor modo posible, revelar la persona...